

lidad del auditorio; trasmíto la noticia tal como acabo de leerla en los periódicos....

—Dios no ha de permitir tamaña injusticia, murmuró Berta.

—La expulsión de las Hijas de San Vicente es imposible, declaró Joaquín con énfasis.

Becerril se encogió de hombros.

Se recogieron sombreros y abrigos, y el grupo de visitantes se dirigió á la puerta de salida, acompañado por los dueños de la casa. Don Valente se sentía algo mareado por los efectos combinados de la música, la presencia de Berta y los humos del coñac, del que se había servido por propia mano varias copitas. De todo ello había resultado que se exaltase en él la fibra amatoria, que era el flaco, ó si se quiere, el fuerte de su noble corazón. Sin duda por eso se atrevió aquella noche á lo que nunca había osado; y fué que, quedándose para lo último, cuando todos se despidieron, al tomar entre las suyas la blanca y suave mano de Berta, la estrechó fuerte, larga y sensualmente á favor de la obscuridad. Era la primera vez que la joven se sentía víctima de una osadía semejante, y el atrevimiento de Becerril la ofendió mucho; de suerte que retiró vivamente su mano, sacudiéndola con ira, y su primer movimiento al cerrar la puerta, fué el de quejarse con su

marido de la grosería de don Valente; pero no lo hizo por evitar disgustos y escándalos, aunque estaba ciega por la indignación.

—¿Qué idea se habrá formado de mí ese señor? se decía á sí misma, colérica y sin poder conciliar el sueño, cuando se hubo metido en el lecho. ¿Por qué me trata así? ¿Por qué no me respeta? ¿Qué motivo le he dado para que me juzgue liviana?

III

Antes del concierto

—Estamos haciendo locuras, dijo Berta á Joaquín cierto día, poco después de aquella noche.

—¿Por qué, hija?

—Porque gastamos sin medida.

—¿Qué remedio! Preparamos nuestra presentación ante el público.

—Hemos pasado años trabajando y sujetos á una economía estricta; y de un momento á otro, faltamos á nuestro sistema. Mira, Joaquín, ¿para qué nos metemos en honduras, cuando vivimos tan contentos, sin que nada nos sobre, pero también sin que nada nos falte?

—Hija, el que no arriesga, no pasa la mar. Si queremos salir de la oscuridad y conquistar aplausos, necesitamos hacer un gran esfuerzo; de lo contrario, continuaremos sumidos para siempre en la situación triste y secundaria en que vegetamos. ¿No ha sido el sueño de nuestra vida el triunfar un día delante del público? Es verdad que el arte por sí solo produce goces inefables, y sonríe siempre á quien le cultiva; pero también lo es que, por su propia naturaleza, reclama comunicación externa y siente ansia de expansión. Si hemos pasado tantos años consagrados á él, ha sido para gozarlo á solas y en público, para nuestro deleite y para nuestra reputación. Si triunfamos, realizaremos nuestros votos; si somos vencidos, nos replegarémos de nuevo á nuestras tiendas.

—Tienes razón; comparto tus opiniones, sigo tus tendencias y van mis ilusiones en pos de las tuyas. Cuanto piensas, pienso; siento cuanto sientes; soy como la sombra de tí mismo, y te sigo por donde vas.... Pero dime, ¿si nos salen mal las cuentas, qué hacemos?

—¿Qué cuentas?

—Las del concierto.

—¿Por qué, hija?

—Porque no tuviésemos éxito.

—Eso no es posible. Quiero suponer que no agraden los trozos de mi ópera;

aun nos quedará el recurso del violoncello de don Pomposo, y del violín de don Teodomiro; y, sobre todo, el de tu voz, que arrojará al concurso, trasportándolo al séptimo cielo.

—No exageres, Joaquín, dijo Berta halagada á pesar suyo.

—No exagero; te hablo con convicción.

—Suponiendo todo eso, replicó la joven: tus juicios y pronósticos sólo se refieren al éxito artístico de la función; pero no al pecuniario, que es el que debe preocuparnos.

—Tienen que ser inseparables el uno del otro. Si triunfamos como artistas, triunfarémos también como empresarios. Si el público no nos favorece con su aplauso, nos negará también el contingente de su dinero.

—Eso no lo veo muy claro, replicó Berta; pues bien puede suceder que tengamos auditorio poco numeroso, pero benévolo y entusiasta.

—¡No lo vuelvas á decir! contestó Sandoval trastornado.

Reflexionó unos instantes y volvió á decir:

—En efecto, no es preciso que las cosas anden por los extremos; bien podrá suceder que se queden en un término medio. En tal caso, por más satisfechos que

nos sintiésemos como artistas, sufriríamos un golpe tremendo en nuestros intereses.

—Pero Dios no permitirá eso, repuso la joven al notar la nube de tristeza que pasaba por la frente de Joaquín. En todo caso, no hay que adelantarnos á los sucesos. No vale la pena que nos atormentemos con conjeturas y temores que, después de todo, pueden resultar infundados, ¿Por qué han de ser tan mala nuestra suerte, y la sociedad de Fópoli tan ingrata?... Esperémos que todo salga á la medida de nuestro deseo.

—Dios lo quiera, repuso el joven estrechando la mano de su compañera en señal de gratitud por sus palabras de aliento. Y á propósito, agregó, ya que estamos solos, quiero proponerte una cosa. ¿te parece hagamos las cuentas de los gastos que tenemos que erogar? No es malo que veamos por dónde vamos, y llevemos bien abiertos los ojos.

—Nada más natural, repuso la joven.

—¿Recuerdas lo que va á cobrar la modista?

—Lo tengo presente. Vas á ver.... Me he mandado hacer dos trajes: uno de gran "toilette" para el concierto, y otro característico para el papel de Malinche.

—Bien pensado.

—Habría deseado cantar la segunda aria sin el de carácter, para evitar ese gasto; pero te has empeñado tanto en

lo contrario, que he tenido que acceder á tu deseo.

—Sí; ya que no nos es posible dar al público toda la ópera, quiero al menos, ver representada una parte de ella tal como me la imagino. Por eso, además, he mandado pintar una decoración especial para la escena en que vas á aparecer. Habrá en el foro un espacio por donde pueda verse la corriente del Grijalva; el telón de fondo será de grande efecto óptico, pues representará el cielo luminoso de Tabasco y el caserío de la población bañado por sus esplandores. En medio del foro se destacará la ceiba histórica que ha de acuchillar el conquistador.

—Debe ser muy costoso todo eso....

—Probablemente: aún no lo sé; pero ya nos lo dirá don Pomposo. Es una debilidad mía; pero excusable, ¿no es cierto?

—No es debilidad, sino deseo natural y legítimo. Si de mí dependiera, toda tu ópera y no sólo un trozo de ella, sería dada al público, é iría montada con lujo sin igual.

—Sí, lo sé, gracias.... Pero vamos al grano.... ¿Cuánto importan las cuentas de la modista?

La joven se ruborizó ligeramente, y contestó con voz trémula.

—El vestido para concierto sacará de costo unos ciento veinte pesos.... No

hubo medio de conseguirlo más barato.... Y eso que mis compañeras del Hospicio están bordando para mí unos preciosos adornos que, comprados, hubieran valido un potosí.... Si te parece mucho, podremos suprimir algo....

—No hallo subido el precio, repuso el joven con tono sereno.

—¿De veras?... ¿Me lo dices de veras? insistió Berta con acento infantil.

—De todo corazón, repuso Joaquín; hubiera sido imposible gastar menos.

—Pero aun no hemos hablado del segundo traje.

—Eso no te debe preocupar, sea cual sea su costo, prosiguió Joaquín procurando aliviar la visible confusión de su esposa. ¿No fué mía la idea de que lo mandases hacer? ¿y no accediste á mi deseo sólo por complacerme?

—Es cierto; por mi cuenta no se hubiera hecho ese gasto.

—Conque ¿cuánto podrá importar?

—Poco más ó menos, lo mismo que el otro.... Como dijiste á la modista que "Doña Marina" era una princesa, y que deberé presentarme en escena regiamente ataviada, ha procurado interpretar tus ideas con sumo lujo. Por cierto, que, para darse cuenta de los detalles de tu diseño, ha tenido que consultar la Historia, según me lo ha repetido mil veces. Para imitar el "cueitl" triple, que fué dis-

tintivo aristocrático entre las aztecas, ha confeccionado una falda muy ingeniosa, que hace el efecto de tres faldas superpuestas, y tiene ese mismo número de orillas ó remates á diferentes alturas. Cada uno de esos bordes va finamente adornado con bordados de varios colores, figurando flores y animales, é imitando en lo posible los tejidos mejicanos de pluma de ave y pelo de conejo. De trecho en trecho, y alternando con el bordado, irán intercaladas figurillas de animales hechas con lentejuela; y al extremo de la falda, irá un gran fleco de oro, de efecto magnífico. El "hueipilli," que es una camisa sin mangas, llevará también múltiples bordados de colores vivos y alegres, y randas muy vistosas. Sobre todo eso, me pondré una larga bata de blanca tela, semejante á la sobrepelliz de los sacerdotes, la cual tendrá mangas que me cubran los brazos: todo conforme á los usos indígenas de la época.... Me he mandado hacer también cacles aztecas, con suela de dorado borde y lazos de fino cuero para atarlos al tobillo. A eso hay que agregar el valor de la diadema.... Debemos hacernos la cuenta de que todo reunido, costará unos ciento treinta y cinco pesos, á lo sumo.

—No es excesivo, repuso Joaquín sin pestañear. Doble suma de esa no me hubiera parecido exagerada.

—Me quitas un gran peso de encima al decirlo, exclamó la joven ingenuamente.

—¡Cuán buena eres!.... Gastas una miseria y te parece un exceso.... Yo sí que he despilfarrado el dinero para ataviar la propia persona.... Vamos, ¿en cuánto calculas el costo de mi indumentaria?.... ¡A ver si adivinas!

—No tengo idea de lo que pueda valer; pero creo sea menos de lo que cuestan mis dos trajes juntos.

—Casi has acertado. Tomando en consideración el costo del de etiqueta, de los botines charolados, la camisa, la corbata, los guantes y el clack, sumará el desembolso unos ciento sesenta duros. Ya ves cómo, para ser uno solo, resulta mi traje más caro que los dos tuyos.

—Pero mis gastos son mayores.

—Sólo relativamente....

La conversación fué interrumpida por unos golpecitos dados en la puerta de la sala.

—¡Adentro! dijo Sandoval.

Eran los señores Blanco y Torrentera, que venían á dar cuenta de sus comisiones. Cambiados los saludos de estilo, don Angel y don Pomposo tomaron asiento.

—¿Usted comienza? preguntó Torrentera volviéndose á Blanco.

—No, repuso don Angel; usted primero.

—Como usted guste, repuso aquél con aplomo.

Sacó del bolsillo un papel, lo desdobló, y con él en la mano para consultarlo en caso ofrecido, siguió diciendo:

—Como ustedes recuerdan, me corresponde la comisión de decoraciones y papeleta. Voy á decir lo que he hecho para desempeñarla. Hemos tenido la fortuna de encontrar en la ciudad, de paso para Méjico, al gran pintor escenógrafo Carlo Fontana, uno de los mejores decoradores de Florencia.... ¿Qué anda haciendo por acá? No lo sé. El caso es que aquí se halla, y que he podido aprovechar la oportunidad para encargarle la pintura de las vistas nuevas. El que quiera azul celeste, que le cueste. Usted, Joaquín, está empeñado en estrenar unas decoraciones soberbias, y ha sido preciso ceder á las exigencias del artista.

—¿Cuánto cobra? preguntó Berta alarmada por el preámbulo.

—Doscientos cincuenta duros; pero incluyendo en el precio, bambalinas, telón de fondo, árboles... y todo, en fin, cuanto debe ser representado en la escena.

—Francamente, opinó Joaquín con convicción, no me parece demasiado.

—Ni á mí, agregó Berta con acento más tranquilo.

—Pero entienda usted, siguió diciendo Torrentera, que el cargo no resulta tan

exagerado como debiera, porque he tenido la fortuna de que el Ayuntamiento nos ceda unos bastidores viejos que había en los sótanos. Con remendarlos y afirmarles los largueros y travesaños, quedarán en buen estado; á no ser por eso, nos hubiésemos visto obligados á mandar hacer otros, y eso sí que hubiera sido muy dispendioso.

—¡Qué fortuna! murmuró Berta; debemos estar agradecidos á los señores municipales.

—El pintor lleva muy adelantada ya la obra, prosiguió Torrentera. En dos días ha concluído casi todo su trabajo. No le faltan más que los árboles y el telón de fondo. Por cierto, es cosa curiosa verle manos á la obra. ¿Dónde piensan ustedes que coloca la tela para pintarla?

—¿En algún caballete?..... No, eso no puede ser, repuso Sandoval; es demasiado grande.

—En el suelo, señor, en el santo suelo. Y no crean ustedes que hace uso de pinceles para trazar las figuras y fijar los colores, sino de unas brochas enormes, con mangos tan grandes como palos de escoba. Sus ayudantes sólo le sirven para darle cuanto necesita. “¡El verde!” grita; y el aprendiz saca la brocha de ese color, la oprime contra el borde de la olla para que no chorree, y la pone en manos del artista. “¡El amarillo!” “¡el rojo!” “¡el

negro!” sigue gritando sucesivamente; y los mancebos le van proporcionando las brochas de esas tintas. Al recibirlas, las coge con ambas manos, y manteniéndose en pie, y sin doblar más que la cabeza, va dejando aquí y allá manchones de diferentes colores en la tela. Visto de cerca el trabajo, es una confusión de tonos, una serie de dispartados borrones; pero cuando Fontana concluye el trabajo, lo levanta del suelo, lo coloca contra el muro y lo hace ver á distancia conveniente, se revela perfecto y maravilloso..... ¡Qué troncos de árboles, qué follajes y qué nubes! Parece que los árboles cabecean, que silba el viento entre las hojas, y que hay nidos meciéndose en las ramas.

—¡Bien, muy bien! exclamó Joaquín embelesado. La descripción me llena de entusiasmo; eso es precisamente lo que deseaba.

—Me halaga la aprobación de usted, prosiguió Torrentera. Ojalá pase lo mismo con los gastos de papeleta.... He procurado andar en esto lo más económico posible: poco personal, pero inteligente, honrado y perito en ese género de ocupaciones. Pronto quedará abierta la venta de boletos en la taquilla del teatro; de ello se encargará un personaje conocidísimo, que lleva el fresco nombre de Lechuga.

Sería fastidioso seguir enumerando los nimios detalles mencionados por don Pomposo. Barrenderos, metesillas, boleteros, acomodadores y teloneros, todo eso, económicamente pagado, importó como cincuenta pesos; de suerte que, juntas las dos partidas correspondientes á Torrentera, se completó la bonita suma de trescientos duros.

—¿Se aprueba? preguntó don Pomposo con la solemnidad de un secretario de parlamento.

—Aprobado. . . ., y con gratitud, repuso enfáticamente Sandoval.

—Lo celebro, concluyó alegre el violoncellista.

Y volviéndose á su compañero, prosiguió:

—Ahora toca á usted la vez de tomar la palabra.

—Poco tengo que decir, repuso Blanco. Mi encargo, como ustedes recordarán, es muy sencillo: el del alumbrado. . . . Ví á todos los empresarios de gaserías de la ciudad, y después de comparar diferentes presupuestos, acepté el más bajo; esto es todo. Costará ochenta y cinco pesos la iluminación del teatro "a giorno," desde el pórtico hasta el foro.

—¡Parece increíble, es una ganga! exclamó Torrentera: el local es vastísimo.

—¿No iremos á estar á media luz? preguntó Berta.

—No, repuso don Angel; todo se ha detallado minuciosamente en el contrato. Habrá un aparato de gas con su respectiva pantalla al frente de cada palco ó platea, y el número acostumbrado en las galerías altas; otros detrás de los bastidores, otros en la boca del foro y los suficientes en las bambalinas.

—¡Por Dios, que no vayan á ser viejos los apartos, ni humeante ni hedeondo el gas! exclamó Berta inquieta por la belleza del espectáculo.

—Pierda usted cuidado, repuso don Angel; la mayor parte de los aparatos que van á usarse, son enteramente nuevos. La calidad del gas ha de ser de lo mejor, del que da llamas brillantes, de base azulosa y lengua prolongada.

—Lo ha hecho usted de perlas, amigo don Angel, exclamó Joaquín.

—Ojalá así sea, repuso Blanco.

—Quedo á ustedes muy reconocido, prosiguió Sandoval dirigiéndose á Blanco y Torrentera, por los señalados favores que me han dispensado.

Los aludidos inclinaron la cabeza complacidos, en tanto que alguien se colaba por la sala, sin previo aviso.

—¡Hola! don Teodomiro, exclamó Joaquín.

El anciano cambió apretones de manos con los circunstantes.

—Gran cónclave, murmuró echando un vistazo general.

—Los señores, dijo Joaquín, me han hecho el favor de venir á hablarme de sus comisiones.

—Era cosa convenida, repuso Gómez y Pérez; el tiempo vuela, y nos separan ya pocos días del gran suceso.

Hizo una pausa, y agregó:

—Quien no parece es el señor Becerril.

—No tardará, repuso don Pomposo; acabo de verle en la calle, y nos hemos dado cita para este lugar.

Berta hizo un gesto involuntario de disgusto al oír el nombre del periodista y el anuncio de su llegada próxima.

—Mi "comiseón," dijo Gómez y Pérez, es la de la orquesta. Mis cincuenta profesores son amigos tuyos, Joaquín. Comenzaron por rehusar toda "retribuceón;" pero no quise aceptar su desprendimiento, porque hay entre ellos muchos infelices que no tienen más industria que la de tocar sus "instrumentos." Pero como otros, aunque pocos, no son tan menesterosos, me pareció conveniente hacer una "distinceón." "Los que tienen modo independiente de vivir, les respondí, podrán hacernos el "osequio," y Joaquín y yo lo recibiremos con gratitud; pero los que carecen de recursos y sólo cuentan con su trabajo personal para sostenerse, deberán ser remunerados." Mi

fallo fué aceptado; pero la "distinceón" no será de grandes resultados "práticos," pues anda nuestra "profeseón" de capa "cáida" y pocos de mis profesores no están á un pan pedir.

Diciendo así, sacó del bolsillo un papel no muy limpio, y sí muy estropeado, y leyó en voz alta, de cabo á rabo, los nombres de los individuos de su orquesta.

—De cuantos traigo aquí listados, siguió diciendo, solamente aquellos cuyo nombre he marcado con una crucecita, son de personas que pueden hacer la cortesía. Voy á decir quiénes son.

Consultando las anotaciones marginales, resultó que sólo ocho individuos, á todo tirar, podían prescindir de sus pagas.

—De donde resulta, prosiguió don Teodomiro, que habrá que retribuir á cuarenta y dos profesores. De ellos, algunos ganan hasta dos pesos por hora; los más, un peso. Solamente el muchacho que toca el triángulo, gana cuatro reales.... El gasto dependerá, pues, del tiempo que dure el concierto. Suponiendo que sean tres horas, calculo el costo en unos ciento setenta y cinco pesos..... En fin, me comprometo á que no pase de ahí.

—Me parece poco, objetó Joaquín.

—De aquí no me sacas, protestó don Teodomiro con énfasis; ¡así es y así será!